

Amiens. La Inglaterra no lo ignoraba y habia roto este tratado, que daba la paz al mundo entero, bajo el amparo de la Francia.




---



---

### CAPITULO III.

CARTA DEL EMPERADOR AL REY DE INGLATERRA.—NAPOLEON REY DE ITALIA. — CORONACION EN MILAN. — REUNION DE LA LIGURIA A LA FRANCIA. — LA INGLATERRA, LA RUSIA Y EL AUSTRIA DECLARAN LA GUERRA A LA FRANCIA.—BATALLA DE LOS TRES EMPERADORES EN AUSTERLITZ. — PAZ DE PREZBOURG.—BATALLA NAVAL DE TRAFALGAR.

(1805)

LA violacion del territorio de Baden y la muerte del duque de Enghien habiendo alterado la buena inteligencia de la Rusia con la Francia, los gabinetes de Petersbourg y de las Tullerias se pasaron notas hostiles y recriminaciones recíprocas. El encargado de negocios, Oubril, que quedó en Paris despues de la salida del embajador Marcoff, se habia marchado el 29 de agosto del año anterior, y la dieta de Ratisbona habia admitido las declaraciones del emperador Alejandro. De manera que la Rusia se hallaba comprometida publicamente en no reconocer al emperador

de los Franceses. El gabinete de Londres aprovechó con destreza las circunstancias para decidir al de Petersbourg á romper con la Francia y á firmar, el 11 de abril, un tratado con la Inglaterra. Por su parte la Rusia logró que el Divan se negase á reconocer al Emperador Napoleon, de manera que el mariscal Brune se habia visto precisado á salir de Constantinopla como el general Hedouville de Petersbourg. Las escuadras rusas pasaron las Dardanelas y el Sund, amenazaron la Italia, desembarcaron en las islas Jónicas, y obraban de acuerdo con las escuadras británicas. He hablado del aumento de las fuerzas austriacas sobre las fronteras de Italia. Napoleon, rodeado por esta conjuración de tantos elementos hostiles, se vió precisado á conquistar, sobre la parte mas temible de la Europa, el trono que la Francia acababa de levantar. Pero, esperando, quizas, que la opinion de la nacion inglesa, del todo contraria á esta guerra, podria contener al ministerio, Napoleon quiso dar una prueba de sus intenciones pacíficas volviendo á dar el mismo paso que dió, cuando fue nombrado primer cónsul, acerca del rey de la Gran Bretaña. En consecuencia escri-

bió directamente á aquel monarca el 2 de enero de 1805:

« SEÑOR Y HERMANO MIO ,

» Llamado al trono de Francia por la pro-  
 » videncia y por los votos del senado, del pue-  
 » blo y del ejército, mi primer deseo es la paz.  
 » La Francia y la Inglaterra echan á perder su  
 » prosperidad. Pueden luchar durante muchos  
 » siglos. Pero ¿ llenan sus gobiernos el mas sa-  
 » grado de sus deberes? Y ¿ tanta santa sangre  
 » derramada inutilmente no los remuerde? No  
 » me avergüenzo de dar el primer paso. Pienso  
 » haber dado bastantes pruebas al mundo que  
 » no temo ninguno de los lances de la guerra,  
 » pero la paz es el mayor de mis deseos, aun-  
 » que la guerra nunca haya sido contraria á  
 » mi gloria. Ruego á V. M. no se niegue á dar  
 » la paz al mundo. Jamás hubo circunstancia  
 » ni momento mas favorable para acallar to-  
 » das las pasiones y oír unicamente al senti-  
 » miento de la humanidad y de la razon. Esta  
 » ocasion perdida ¿ cuál puede ser el término  
 » de una guerra que todos mis esfuerzos no  
 » habrán podido acabar? V. M. ha ganado de

» diez años á esta parte en territorio y rique-  
 » zas, mas de lo que la Europa contiene de  
 » extension; su nacion está en el grado mas  
 » alto de prosperidad. ¿Qué es lo que puede  
 » esperar con la guerra? ¿armar algunas po-  
 » tencias del continente? El continente no se  
 » moverá. Una coalicion tendria por resultado  
 » aumentar la preponderancia y el poder con-  
 » tinental de la Francia. ¿Renovar las dis-  
 » cusiones interiores? Los tiempos han mu-  
 » dado. ¿Destruir nuestra hacienda? Una ha-  
 » cienda cimentada sobre una buena agricul-  
 » tura, nunca se destruye. ¿Quitar á la Francia  
 » algunas colonias? Las colonias son para la  
 » Francia un objeto muy secundario y V. M.  
 » tiene mas colonias que las que puede guar-  
 » dar. Si V. M. quiere reflexionar por sí, verá  
 » que la guerra no tiene un fin determinado, ni  
 » tampoco resultado probable. El mundo es  
 » bastante grande para nuestras naciones res-  
 » pectivas y no nos faltan medios de concilia-  
 » cion, si de una y otra parte hay voluntad  
 » de conciliarse. He cumplido con un deber  
 » santo y precioso para mi corazon. Crea V. M.  
 » que los sentimientos que acabo de expresar  
 » son muy sinceros y que anheló por probárselo.

Pero reinaba todavía en el gabinete de San  
 James un ódio implacable. El 14 de enero, lord  
 Mulgrave escribió á M. de Talleyrand:

« S. M. ha recibido la carta del gefe del go-  
 » bierno frances, con fecha del 2 de este mes.  
 » Nada puede lisongear mas á S. M., que ha-  
 » llar la ocasion de proporcionar á sus vasallos  
 » una paz fundada sobre las bases que no sean  
 » incompatibles con la seguridad permanente  
 » y los intereses esenciales de sus Estados. S. M.  
 » está persuadido que no puede lograrse sino  
 » por unos arreglos que afianzen al mismo  
 » tiempo la tranquilidad futura de la Europa,  
 » y prevengan nuevas desgracias. Por consi-  
 » guiente, S. M. no puede dar una contesta-  
 » cion mas positiva hasta haber comunicado  
 » con sus aliados, y particularmente con el  
 » emperador de Rusia, que ha dado las ma-  
 » yores pruebas de su sabiduría y del deseo  
 » que tiene de mantener la seguridad y la  
 » independenciam de la Europa. »

Esta carta decidió la suerte del mundo eu-  
 ropeo. No era sino una glosa de la sentencia  
 de muerte pronunciada por el gabinete de San  
 James contra la Francia y Napoleon, cuando  
 rompió el tratado de Amiens.

Nunca habia sido tan claramente expuesta la política respectiva de la Inglaterra y de la Francia. Estas dos potencias estaban igualmente convencidas de que la paz general aseguraba el poder de Napoleon; por consiguiente una de las partes tenia, para pedir incessantemente la paz, los mismos motivos que la otra por no consentirla jamás. Con todo, las ofertas de Napoleon hallaron sobre los bancos de la oposicion inglesa un defensor enérgico en el orador Fox que era su gefe. El Emperador mandó dar parte á los tres cuerpos de la legislatura, el 4 de febrero, de sus proposiciones y de la contestacion de lord Mulgrave. La franqueza de esta comunicacion dió mucha fuerza al entusiasmo nacional, exaltado ya por la generosidad del paso dado acerca de Jorge III°. La guerra sancionada por la opinion, vino á ser el solo, el único, el legítimo refugio de la Francia y de Napoleon. Todas las guerras continentales que iban á ensangrentar á la Europa, tenian por único fin lograr la paz general á fuerza de triunfos. Pero esta paz tan deseada, la negó constantemente el gobierno maquiavélico de la Gran Bretaña, bajo el pretexto de la ilegiti-

timidad del emperador de los Franceses; sin acordarse que la usurpacion del trono de los Stuarts por la casa de Hanover fue el principio del poder y del esplendor británico.

De manera que la Europa se halló sentenciada por el gabinete de San James, ó por mejor decir, por un solo hombre, á inmolarsse periodicamente al ódio que profesaba, no á la fortuna de Napoleon, sino á la prosperidad de la Francia. Diez años despues, para que la posteridad no pueda nunca equivocarse sobre el autor de estas prosperidades, esta misma Inglaterra proclamará que es contra Napoleon solo que tiene armada la venganza del mundo, y la Francia, viuda dos veces del héroe que acaba de coronar, vendrá á ser en fin sino la presa, á lo menos la víctima de la envidia británica.

El 14 de enero, Napoleon recibió de la nacion el mas hermoso de todos los trofeos; el cuerpo legislativo inauguró su estatua para eternizar la creacion del código civil, la memoria de su fundador y la gratitud de los Franceses. Una solemnidad pomposa consagró este grande homenaje nacional que se le tributó en presencia de la Emperatriz, de la familia

imperial, de toda la corte y de las primeras autoridades del Estado. M. de Vaublanc fue el orador y dijo :

« SEÑORES ,

» Habeis señalado la conclusion del código  
» civil de los Franceses con un acto de admi-  
» racion y de gratitud. Habeis consagrado una  
» estatua al príncipe ilustre , cuya voluntad  
» firme y constante ha dado fin á esta grande  
» obra, al paso que su inmensa inteligencia ha  
» derramado la luz la mas viva sobre esta no-  
» ble parte de las instituciones humanas. Pri-  
» mer cónsul entonces , hoy emperador de los  
» Franceses, aparece en el templo de las leyes,  
» con la frente ornada de la corona triunfal ,  
» con que la victoria le ciñó tantas veces , co-  
» mo un preságio de la diadema real, etc.... »  
En seguida hubo un banquete y un bayle dedicados á la Emperatriz. El Emperador vino al bayle por la noche. Todas las artes se unieron para adornar una funcion que celebraba el mayor beneficio hecho á la civilizacion.

Entretanto, Napoleon supo aprovecharse con destreza de la justa exasperacion del gabinete

de Madrid contra las violencias británicas; un convenio entre la Francia y la España se firmó en Aranjuez el 12 de enero. Este convenio , por el cual la España se obligaba á poner á la disposicion de su aliado treinta y cinco navíos de línea , y quince mil hombres de tropas de desembarco, relatava el pormenor de las fuerzas de tierra y de mar reunidas en varios puertos del imperio; en el Texel treinta mil hombre bajo las órdenes del general Marmont con los buques necesarios para los transportes; en Ostende, Dunkerque, Calais, Boloña y el Havre, escuadrillas para cien mil hombres y veinte y cinco mil caballos; en Brest veinte y uno navíos de línea y transportes para veinte y cinco mil hombres, en fin en Tolon, once navíos, ocho fragatas y transportes para nueve mil hombres. De manera que, en el momento en que Napoleonse proponia pedir directamente la paz á la Inglaterra, tenia ciento noventa y tres mil hombres prontos á ser embarcados sobre sesenta y nueve navíos de línea y mas de doscientos buques de guerra y transportes, todos armados, aguardando la órden y seis horas de calma para dirigirse hácia el Tamesis.

Durante su estancia en Maguncia, Napoleon

habia dispuesto sus fuerzas navales dividiéndolas en tres expediciones. La primera á las Antillas bajo las órdenes del contra-almirante Misesy y del general Lagrange; la segunda, á las órdenes del general Lauriston dirigida contra Surinam que se hallaba entonces en poder de los Ingleses; la tercera que iba bajo las órdenes del general Reille debia apoderarse de SANTA HELENA! Pocos dias despues de su consagración, Napoleon arregló definitivamente todo lo relativo á la ocupacion de aquella isla. La reunion de la *isla de Elba* á la república, tuvo lugar igualmente al tiempo de la proclamacion del consulado perpetuo. Parece que un destino misterioso señalaba las dos épocas mas gloriosas de la vida de Napoleon con los dos refugios de sus infortunios.

Enmedio de los inmensos preparativos que Napoleon multiplicaba en todos los puertos de Francia, de la España, de la Holanda y de la Bélgica, para triunfar de la Inglaterra en Londres, ó bien para obligarla á hacer la paz, una nueva corona, la corona de hierro de los reyes de Italia, vino á colocarse sobre sus sienas. El 16 de marzo, el Emperador en persona declaró al senado que admitia

el voto de esta nacion, traído por una diputacion solemne de la consulta de Milan, presidida por M. de Melzi. El 2 de abril el Emperador y la Emperatriz salieron de su capital de Francia para su capital de Italia.

Tres dias despues, el Papa, menos feliz que su ilustre aliado, volvió á la metrópoli del mundo cristiano. Pio VII esperaba recobrar las legaciones cedidas á la Francia por el tratado de Tolentino, como una recompensa dada por la Iglesia al imperio de Napoleon; pero éste no quiso considerar al Santo Padre sino como un soberano espiritual, y su nueva calidad de rey de Italia le hizo mudar de sistema.

Al pasar por Troyes para ir á coronarse en Milan, el Emperador se detuvo, y separándose un momento de la Emperatriz y de su comitiva, se dirigió en compañía del caballerizo mayor y de dos oficiales, á Brienne, donde le llamaban, entre dos coronaciones, los recuerdos de su juventud. No pudo ver sin conmoverse la cuna de su educacion francesa. Preguntó por un eclesiástico que habia sido subprefecto de una de las escuelas. Este sacerdote, entonces vicario de una aldea inmediata á Brienne, se presentó vestido de paisano. ¿Por

*qué no llevais los hábitos?* le dijo Napoleon con severidad, *un sacerdote nunca debe dejarlos: es preciso que no pueda ocultar sus pasos ni un solo instante. Id á vestiros.* El eclesiástico volvió vestido de cura y el Emperador le hizo olvidar su reconvencion. Napoleon se olvidó durante veinte y cuatro horas, en Brienne, del imperio de Francia y del reino de Italia.

Al día siguiente montó á caballo muy temprano, y los que le seguian le perdieron de vista. Despues de haberle buscado inutilmente, Napoleon volvió á aparecer al ruido de los pistoletazos que sus oficiales disparaban para llamarle. Habia ido á visitar á uno de sus antiguos paseos predilectos cerca del lugar de la Rothiere. En aquel mismo parage, nueve años despues, abandonado por la fortuna, tuvo que combatir para salvar la independencia de la Francia y su propia vida. Napoleon salió de Brienne despues de haber señalado su presencia con varios rasgos de su generosidad. Volvió á Troyes y se dirigió á Leon donde permaneció algun tiempo. Todo cuanto el ingenio de esta ciudad, célebre en la historia de las artes útiles, pudo crear de mas brillante y

triumfal, se puso en obra para celebrar la venida del Emperador. La gratitud estaba, por decirlo así, gravada sobre las murallas de aquel gran pueblo, cuyas ruinas habian sido restauradas por Napoleon. Jamás poblacion manifestó un entusiasmo mas verdadero y mas legítimo. La restauracion de su comercio era un beneficio de Napoleon, y celebraba sus grandezas con tanto mas interes quanto le proporcionaban nuevas salidas para sus fábricas. En esta circunstancia, la industria leonesa desplegó toda la magnificencia de que habia dado ya la prueba en las solemnidades de la coronacion. Leon, asolado por el terror republicano, acogió á Bonaparte á su vuelta de Egypto como á un libertador y Napoleon siempre se acordó con preferencia de sus habitantes.

Mientras estuvo en Leon, Napoleon concibió un plan para el desembarco en Inglaterra, cuya ejecucion hubiera sin duda hecho lograr el intento. Lo escribió todo de su puño enviándolo al ministro de la marina. El almirante Gantheaume debia salir de Brest con su escuadra, y el almirante Villeneuve debia hacerse á la vela para las Antillas con las escuadras combinadas de Tolon y de España. Estos

movimientos tenían por objeto llamar lejos de la Mancha á las fuerzas marítimas de la Inglaterra, para facilitar la reunion y la salida de las escuadrillas extraordinarias. Para lograr el fin propuesto, las escuadras de Villeneuve y de Gravina debían, á su vuelta de las Antillas, unirse con las del Océano en Rochefort y Brest. Entonces la escuadra hubiera constado de cincuenta y seis navíos de alto bordo con los que Villeneuve había de entrar en el canal. Estas órdenes se ejecutaron puntualmente; pero en volviendo del Oeste, Villeneuve, á la cabeza de veinte y un navíos, franceses y españoles, encontró en el cabo Finisterre al almirante Calder que solo tenía trece. Se empeñó un combate en que, á pesar de su superioridad, Villeneuve fue batido con pérdida de dos navíos españoles. Así se desgració, por la temeridad del almirante inglés, el hermoso plan concebido por el ingenio. Villeneuve, que tenía seis navíos mas que su enemigo, tuvo que refugiarse á Cadiz, donde estuvo hasta el desastre de Trafalgar. En Inglaterra se le hubiera quitado el mando con justicia, y acaso hubiera pagado con la vida la afrenta de su pabellon; pero Napoleon solo sabía juzgar; no sabía cas-

tigar; su clemencia para con Villeneuve hizo perder á la Francia toda su marina.

El Emperador siguió su camino por Chambery y Turin; se detuvo algunos días en el sitio real de Stupinitz, endonde aguardó al Papa. Luego fue á Alejandria donde le llamaba el recuerdo de Marengo. Vistió, para visitar el campo de batalla, el uniforme republicano que llevaba aquel dia, pasó revista á treinta mil hombres, repartiendo las decoraciones de la legion de honor á los mas valientes, y asentó solemnemente la primera piedra del monumento que su gratitud levantaba á los héroes muertos en Marengo, lo que era entrar en Milan debajo de un arco triunfal. Entre estas víctimas de la gloria, cuyos túmulos el vencedor se complacia en honrar, el nombre del ilustre Desaix no podia quedar en olvido. Napoleon salió de Alejandria para Pavía donde fue recibido por M. de Melzi. En fin, el 8 de mayo hizo su entrada solemne en Milan, y, el 26, tuvo lugar la segunda coronacion. Esta ceremonia sobrepujó á la de Paris por su esplendor histórico. Al cabo de diez siglos, la corona de yerro de los Lombardos sobre la cabeza de un emperador frances, anunciaba al mundo